

**Homilía – Solemnidad de María Santísima, Madre de Dios
Catedral de San Fernando – 1 de enero de 2024**

Dios quiso hacerse Hombre por medio de María. Jesús es al mismo tiempo Dios verdadero y Hombre verdadero, sin que exista en él división alguna. Por lo tanto, la Madre del Hombre es también la Madre de Dios. A partir del momento de la Encarnación, los seres humanos, que habíamos sido creados a semejanza de Dios, somos invitados a participar de la vida divina a través de nuestra vida humana. Y llegado el momento de entregar su vida al Padre por nuestra salvación, el Hijo de Dios ha querido entregarnos a María para que también sea Madre nuestra. ¡Qué maravilla!

Al comenzar un nuevo año, queremos encomendarnos a María para que nos ayude a disponernos, de manera que el Espíritu Santo haga presente a Jesús en todos nuestros propósitos y acciones. Lo hacemos siguiendo la invitación del Papa Francisco, que nos ha dicho: (cita) *“A María, Madre de Dios y Madre nuestra, presentamos nuestros buenos propósitos. A ella le pedimos que extienda sobre nosotros y sobre cada uno, todos los días del nuevo año, el manto de su protección maternal: ‘Santa Madre de Dios, no desoigas las oraciones que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita’”* (fin de la cita). Queremos abrirnos a la bendición de Dios por medio de María de modo que, unidos a Jesús, seamos convertidos en bendición para nuestro prójimo y así demos mayor gloria a Dios.

Gracias a Jesús ya somos hijos de Dios y podemos dirigirnos a su Padre como Padre nuestro. “¡Abba!” Ya no somos solo siervos, sino hijos, por Jesús, con él y en él. Y de un modo semejante nos

dirigimos a María, nuestra dulce Madre. Pidámosle a ella que, una vez que aprendamos de encontrarnos con Dios a través de su divino Hijo, aprendamos también a ser pregoneros de la buena noticia, como los pastores de Belén. Quien ha reconocido en Jesús a su Salvador, no puede quedarse callado, sino que siente el impulso del Espíritu Santo para anunciar la salvación al mundo entero.

La Palabra y la vida de Dios son inseparables. La señal del verdadero encuentro con Jesús es la transformación del corazón que nos hace comportarnos como verdaderos hijos de Dios y de María. Las consecuencias no se harán esperar. Los discípulos misioneros de Jesús suscitan la esperanza de los necesitados, como la de los pastores; provocan la persecución de los malvados, como la de Herodes; y ocasionan el desinterés de los que se creen importantes, como los líderes del pueblo en el tiempo Jesús.

El Señor nace donde nadie lo espera, lejos del poder, de la riqueza y de la fama. Nace para quienes buscan amar y servir en las periferias. Quienes se humillan para servir a los más pequeños, son los invitados a participar de la buena nueva del nacimiento del Salvador. Los pastores se parecen un poco a María y José. Pidámosle a María que nos ayude a parecernos a los pastores.

Por último, pidámosle a la Madre de Aquél por quien se vive, Santa María de Guadalupe, que nos ayude a creer en lo imposible, y a contemplar y meditar en el corazón los misterios de nuestra salvación. Que el misterio de Dios se haga presente en nuestra vida por obra del que todo lo puede.